

## SEGUNDA ROMA. — NOTICIA HISTÓRICA

A la muerte de Anastasio (518), Justino, aldeano tracio, que llegó á ser prefecto del pretorio en Constantinopla, fué elevado al trono; adoptó á su sobrino Justiniano, quien, nacido en 483, le sucedió en 527 y reinó hasta 565. Teodora, chipriota ó siria, se casó con Justiniano cuando era presunto heredero y murió en 548. Los principales generales del emperador fueron el eslavo Kibuld, el huno Mundo, nieto de Atila, el romano Germano (A. Lefèvre), defensores de la línea del Danubio, después Belisario (490-565), que operó en el Este contra los Persas y en el Mediterráneo occidental contra los Vándalos y los Godos, y el eunuco armenio Narsés (472-568), varias veces vencedor de los Ostrogodos y muerto en Roma, patricio de Italia.

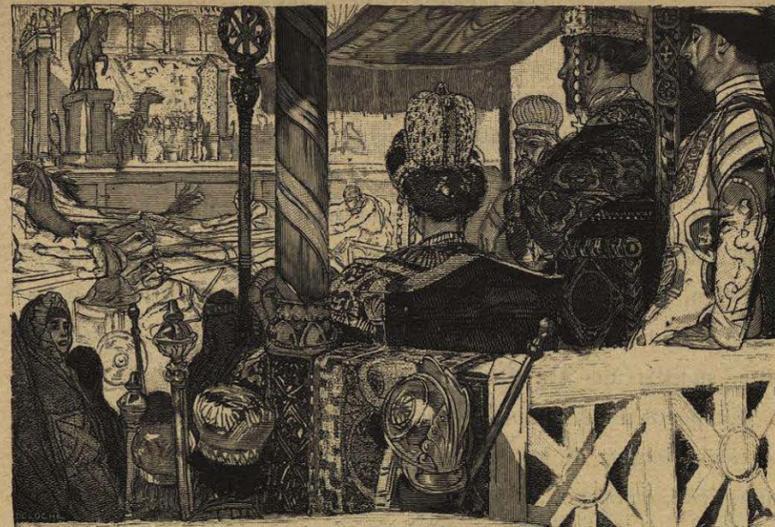
Durante los cinco siglos y medio que separan la muerte de Justiniano del paso de los Cruzados á Constantinopla, se sucedieron más de sesenta emperadores, de los cuales sólo citaremos algunos:

Justiniano II, 565-578; Focas, 602-610; Heraclio, 610-641; Constante II, 641-668; Constantino IV, 668-685; León III, 717-741; Constantino V, 741-775; Nicéforo, 802-811; Miguel III, 842-867; León VI, 886-911; Constantino VII ó Porfirogeneta, 919-959; Constantino IX, 963-1028; Alejo Comneno, 1081-1118.

Cosroes el Justo (Khosru, Chosrav Anurchivan ó Anuchirvan, «aquel cuya alma es inmortal»), nacido al principio del siglo VI, sucedió á su padre en 531 y murió en 579. Hormidas III, 579-590; Cosroes II, 590-628; Yezdidjerd, 632-653 — el último de los Sasanidas, — son sus sucesores más importantes.

He aquí algunos detalles sobre otros personajes mencionados en las páginas siguientes:

	Era vulgar
JUAN CRISÓSTOMO, nació en Antioquía, vivió de . . . . .	347 á 407
FAHIAN, viajero, ausente de China entre 399 y 414 . . . . .	" "
NESTORIO, heresiarca, nació en Siria. . . . .	380 440
MAZDAK, cismático persa . . . . .	470 540
TRIBONIO, jurisconsulto, nacido en Panfilia . . . . .	500 545
HIUEN-THSANG, viajero y escritor, nació en . . . . .	603 "
estuvo ausente de China de 629 á 645, murió en. . . . .	" 688



## LA SEGUNDA ROMA

*En Bizancio, todo pensamiento libre, sólo por serlo, era una herejía.*

### CAPÍTULO III

ROMA Y RUM. — EVOLUCIÓN DIVERGENTE DE LOS DOS IMPERIOS.  
 FUERTE POSICIÓN DE CONSTANTINOPLA. — ARMENIOS Y JUDÍOS.  
 SOCIEDAD BIZANTINA. — JURISPRUDENCIA, ARTE,  
 ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO. — CLAUSURA DE LA ESCUELA DE ATENAS.  
 PORTADORES DE ANTORCHAS.  
 NESTORIANISMO. — IMPERIO DE COSROES. — GRIEGOS Y BÁRBAROS.

CUANDO el primer Teodosio, al fin del siglo IV, dividió el imperio en dos mitades, su deseo, lo mismo que el de todos los Romanos, consistía en procurar la conservación para siempre de la unidad nacional para todos los ciudadanos del inmenso oecumeno, entre la desembocadura del Rin y las del Eufra-tes; pero ese mundo era demasiado extenso, las provincias que contenía se habían diferenciado mucho las unas de las otras y sus habitantes se habían alterado mucho por infusión de sangre nueva

ó por contacto con naciones heterogéneas, para que el contraste de las dos Romas no aumentase rápidamente y no se transformase, hasta por oposición, en franca enemistad. La personalidad geográfica de cada una de las comarcas, el carácter específico de las poblaciones á las cuales se habían agregado nuevos elementos, la iniciativa del individuo, todos esos factores adquirirían un valor de primer orden: á un período de agrupación más ó menos artificial y de unidad aparente, sucedía una era de cristalización local.

En pocos años cambió la lengua oficial del imperio de Oriente; el griego, lengua de los bizantinos, reemplazó al latín importado de Italia. Sin embargo, el genio áspero de Roma impresionó de tal modo á las gentes, que las naciones de Asia continuaron designando el imperio de Oriente bajo el nombre de Roma, «Rum», y todos los cristianos fueron englobados, primeramente por los Arabes, después por todos los Musulmanes, en la multitud de los Romanos ó «Rumi».

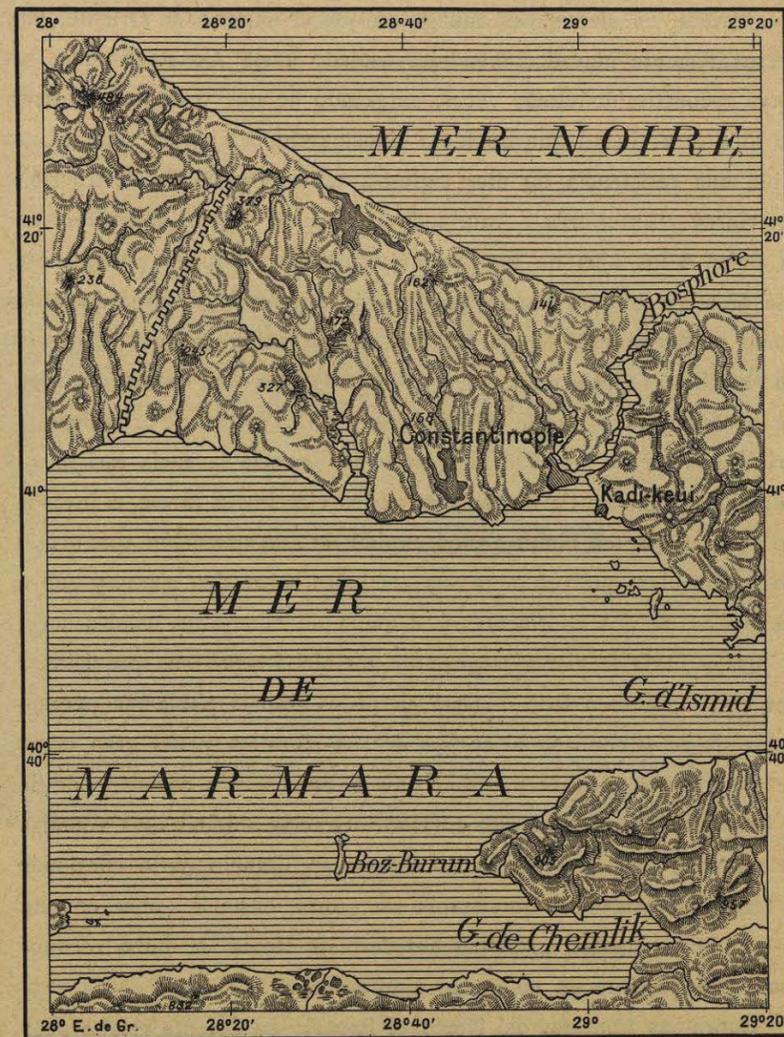
Hasta en China penetró la palabra mágica: los Mahometanos de Tatum-fu, al este de la península de los Ordos, dan todavía á la comarca de la Meca y de Medina, de donde les viene la luz religiosa, el nombre de Farsi (Persia) ó de Rum<sup>1</sup>.

Así, aunque la pequeña Grecia hubiese perdido su libertad casi sin resistencia, poseía, sin embargo, un elemento de cultura propia que le permitió renacer y prolongar su existencia bajo una forma nueva durante un espacio de tiempo de más de un millar de años. Constantinopla representaba á Grecia, estaba animada parcialmente de su espíritu, en tanto que la Roma de Italia había cesado, por decirlo así, de ser «romana»: dejando de ser guerrera y dominadora, había perdido su razón de ser, ó al menos no debía recobrarla sino por una misión nueva, la de la preeminencia religiosa. Los Griegos, cuya actividad se hallaba concentrada en la ciudad del Bósforo, habían conservado toda su habilidad primitiva como artesanos, fabricantes, industriales y navegantes; habían continuado formando uno de los centros más útiles de la vida económica, contrastando así con los Romanos, que habían pasado los últimos siglos de su exis-

<sup>1</sup> W. W. Rockhill, *Journey through Mongolia and Tibet*, ps. 13, 14.

tencia en el parasitismo puro y no tuvieron ya siquiera la fuerza necesaria para conservar la prosperidad material en cuanto su ciudad

N.º 278. Constantinopla y el muro de Anastasio.



1: 1 000 000

0 10 30 60 Kil.

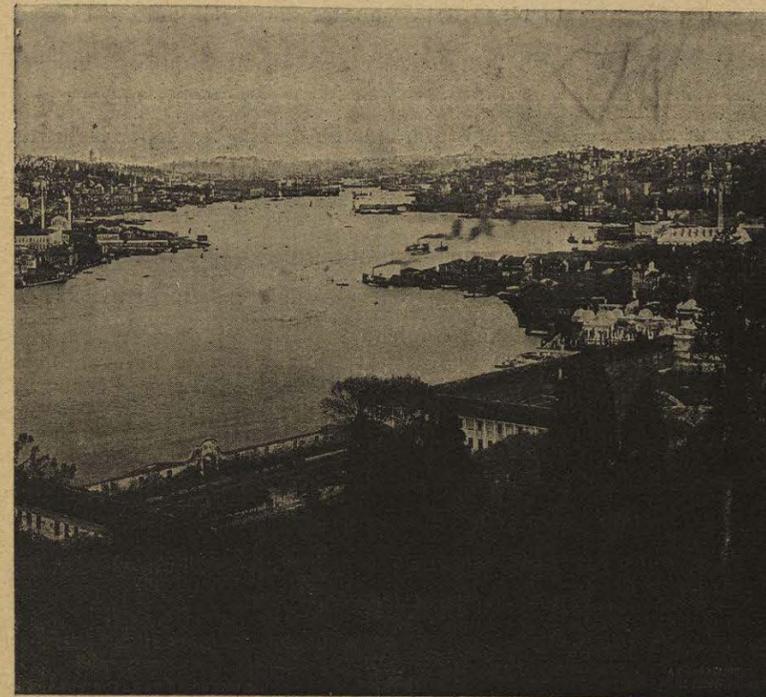
dejó de ser el foco político del mundo mediterráneo. Más de una vez, durante el curso de sus destinos, en los tiempos de la Edad Media, Roma no era más que una ruina cuando Constantinopla, situada en

la vía directa de Europa á Asia y sobre la vía forzada de los barcos entre el mar Egeo y el Ponto Euxino, se conservaba entre las ciudades poderosas. El trabajo le hacía conservarse á pesar de todos los peligros.

Parece, en efecto, casi milagroso que el imperio de Oriente, tan frecuentemente atacado, invadido, asolado hasta Constantinopla, se haya reconstituido tantas veces, surgiendo de nuevo de su desastre. A toda otra ciudad que no fuera Constantinopla hubiera sido imposible una resistencia de diez siglos á tantas causas de destrucción interiores y exteriores. Ante todo la segunda Roma, convertida en la única á los ojos de los pueblos orientales, adquirió rápidamente ese prestigio extraordinario que valió á la primera su larga duración como centro político, y perpetuarse después como capital religiosa, en virtud de su carácter augusto. Además, la ciudad dispuso siempre de grandísimos recursos en hombres y en riquezas. Por último, y principalmente, la posición geográfica de Bizancio la hacía casi inexpugnable; á menos de disponer de varios ejércitos á la vez, el invasor no podía pensar en bloquear una capital de esta extensión, que ocupa dos penínsulas, que prolonga sus arrabales sobre dos mares y sobre las orillas de dos continentes y dispone de numerosas salidas hacia el mar y hacia la tierra, segura de recibir siempre sus provisiones por uno ó por otro lado. Hasta en pleno sitio la población permanecía alegre y confiada al abrigo de sus murallas y del gran muro de dieciocho leguas de longitud que Anastasio hizo construir desde la Propóntide hasta el Ponto Euxino. Gracias á todas esas ventajas de vitalidad propia y de fuerza defensiva, Bizancio pudo continuar el Imperio Romano, y no siempre sin gloria, hasta la época en que el mundo occidental, principal heredero de Roma, se hubo reconstituido plenamente en un nuevo equilibrio.

Sobre sus fronteras del Norte, el imperio de Oriente estaba peor defendido que el de Occidente contra las incursiones de los bárbaros, y se hallaba además expuesto á un peligro particular. Los pueblos del Norte que, descendiendo de las llanuras de Sarmacia, querían dirigirse hacia el Oeste por el sud de los Carpatos, penetraban sin dificultad en el valle inferior del Danubio, pero se detenían en su marcha en cuanto llegaban á los desfiladeros llama-

dos actualmente «Puerta de Hierro». No hallando ya camino ni senda, habían de torcer á derecha ó á izquierda, y, de ordinario, procuraban tomar los caminos del Sud, que les conducían hacia las campiñas más fértiles, hacia las ciudades más ricas y populosas, hacia el litoral comerciante del archipiélago. Esta barrera colocada á través de la cuenca fluvial provocaba un remolino perjudicial á los



CONSTANTINOPLA — VISTA DEL CUERNO DE ORO

Cl. Champagne.

riberenos del mar Egeo y de la Propóntide, porque los valles tributarios del Danubio se levantan en suave pendiente hacia las cumbres de los Balkanes, y tienen numerosos pasos que dan acceso á las llanuras de la Tracia y de la Macedonia.

Bajo la presión de los invasores que disponían de las regiones septentrionales del imperio, los dueños de Constantinopla vivían en continua alarma, y ordinariamente habían de comprar la paz á costa de onerosos tributos. Felizmente para los Griegos, los bárbaros del Norte y del Este que invadían las provincias del imperio no consti-

tuían un cuerpo de nación compacta, eran tribus diferentes, casi siempre enemigas, y era posible oponer las unas á las otras, como en el incendio de un bosque se lanza el fuego contra el fuego. No obstante, durante los periodos de tranquilidad política, algunos afortunados generales bizantinos pudieron rechazar los bárbaros, ó al menos defender valerosamente las fronteras. Bajo Justiniano, durante la primera mitad del siglo VI, fueron erigidas contra ellas ochenta plazas de guerra á lo largo del Danubio, entre Belgrado y el mar.

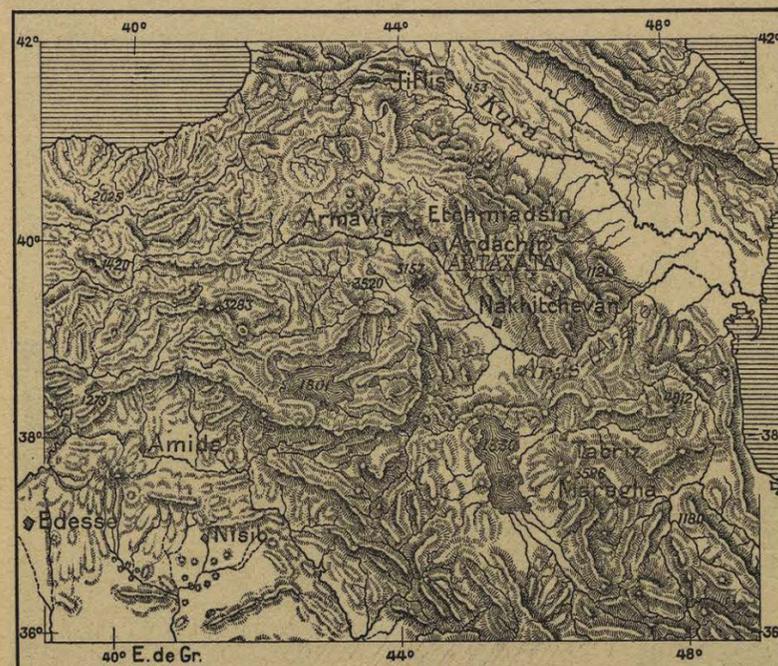
Al Este, el gran adversario, casi igual en poder, fué el imperio persa. Su posición geográfica era tan fuerte, sobre una meseta bien protegida al Oeste por la múltiple muralla del Zagros y por las fortificaciones avanzadas que se escalonaban al pie de los montes, en la llanura del Tigris, que el imperio de Oriente, todavía mal sentado, carecía de fuerza para tomar una actitud agresiva, que frecuentemente había dado mal resultado á la potencia romana cuando se hallaba en todo su esplendor: más bien se defendía. El premio del vencedor en las batallas era el país intermediario, la región montañosa del Asia Menor y el antiguo Cáucaso. La dinastía de los Arsacidas, destronada en Persia al principio del siglo III, unas veces protegida, otras traicionada por los príncipes de Constantinopla, pudo, á través de las mayores dificultades, sostenerse en Armenia durante más de doscientos años; pero en 428, el último de esos reyes, Varaztad, habiendo sido desterrado en las lejanas Shetland por orden de Teodosio<sup>1</sup>, las dos potencias se confrontaron, y el reino, desorganizado y roto, se dividía por pedazos de que alternativamente se apoderaban los beligerantes. Indudablemente esta montuosa comarca, con sus múltiples cordilleras irradiando alrededor del Ararat, posee numerosos reductos y posiciones estratégicas muy buenas para la defensa, pero la historia atestigua demasiado cuán abordable era el conjunto del país de todos lados por valles divergentes.

Los frecuentes desplazamientos de las capitales ó centros principales de población en el Haiasdan, es decir, en Armenia, dan idea de las fluctuaciones que hubieron de producirse durante la sucesión de los siglos, á consecuencia de los ataques de los enemigos, de los

<sup>1</sup> Gobineau, *Histoire des Perses*, t. II, p. 511.

despojos de territorio y de las emigraciones forzadas. Respecto de los primeros tiempos, la leyenda nos dice que el patriarca Noé edificó la madre de las ciudades armenias, la famosa Nakhitchevan, situada en una cuenca intermediaria del Araxa y no lejos de los desfila-

N.º 279. Capitales de Haiasdan.



1: 8 000 000

0 100 200 400 Kil.

Además de las ciudades citadas en el texto, están aquí marcadas: Etchmiadsin, centro religioso de los Armenios; Tiflis, capital administrativa de la Transcaucasia rusa; Tabriz, importante ciudad persa, y Maragha, que, en la época árabe, fué un centro intelectual de primer orden.

El Ararat se eleva 5157 metros sobre la orilla derecha del Araxa.

deros á cuyo opuesto lado se halla la gran llanura de la Kura. Después el centro del poder se trasladó más al Oeste, hacia Armavir y su bosque sagrado, donde los iniciados oían su destino susurrado en el follaje de las encinas. Una tercera capital, en el valle del mismo río Araxa, sobre el camino que reúne Armavir y Nakhitchevan, fué la ciudad de Ardachir ó Artaxata, cuyas fortificaciones, según ciertos relatos, se elevaron sobre planos trazados por Aníbal, el hombre de